

**PRESENTACIÓN**  
**SOBRE LO NARRATIVO**  
**COMO ESTRATEGIA EXPLORATORIA**  
**(Y CIERTAS CONCESIONES**  
**AL LEGADO BARTHESIANO)**

*“El tema es una noción útil para designar ese lugar del discurso en el que el cuerpo avanza bajo su propia responsabilidad, y por ello mismo, burla al signo... no es ni signifiante ni significado, o es los dos a la vez: fija aquí y, al mismo tiempo, remite más allá...”*

**Roland Barthes –por– Roland Barthes**

Pasaron ya más de tres décadas de aquel presunto texto autobiográfico<sup>1</sup> en el que Roland Barthes defendía (al mismo tiempo que ensayaba recuperar) los abordajes analíticos de una *crítica temática* que, al menos en Francia o a través de ciertas prácticas universitarias de rango sesentista, había anclado y empezado a sucumbir como perspectiva “indagatoria” ante los embates y progresiones de un planteamiento discursivo demasiado obediente del formato estructuralista al uso, unívoco, monológico.

La voluntad que congrega la secuenciación de estas “*exploraciones narrativas*”, que comenzarán a desgranarse a partir del presente volumen, rinde a la vez tributo a la hipótesis esbozada por Barthes (en nuestro epígrafe) en por lo menos tres sentidos. Porque sitúa su horizonte de expectativas en las antípodas de un tratamiento convencional; porque pretende multiplicarse en ramificaciones temáticas circulares, aunque siempre a partir de un punto nuclear convocante; y, fundamentalmente, porque cada “acceso” (por eso mismo, considerado *aproximativo, exploratorio*) no pretende agotar sustentos ni presupuestos teórico-críticos posibles: más bien toma distancia de esta demanda tópica y recurrente de cierto retoricismo ensayístico, muy actual.

Ninguna otra explicación pretende justificar esta necesidad de abandonar toda forma de agotamiento temático, ante cualquier urgencia por modalizar la habitual exhaustividad de los estudios humanísticos y sociales. Que no sea la tentación de construir caminos alternativos para compilar trabajos apenas conectados con la comunidad de un conjunto de ideas, o colindantes en torno de la égida de un pensamiento relativamente centralizador... Que no sea el propósito de ir tejiendo un entramado de temas que se articulen en distintos puntos desplegados por sus respectivas argumentaciones: generando tal vez un choque productivo de sugerencias intelectivas, o enlazando diferentes discursos que (en lo vincular) conviven siempre con *determinada “realidad”*.

<sup>1</sup> Barthes, R. (1975) París, Éditions du Seuil; (1978) Barcelona, Kairós, p. 194.

Quiero decir: se trata de presentar una serie de abordajes que acabarán por mostrar la *identidad estratégica* de una particular manera de operar en humanidades y ciencias sociales. O, si se quiere, en un arriesgado intento por dar explicación, desde la cobertura de diversos presupuestos (sociohistóricos e ideológicos, políticos y comunicativos, así como semióticos y filosóficos, artísticos tanto como estéticos, psicológicos o antropológicos, seguidos de una presumible infinitud de etcéteras), a *los singulares procesos de producción de sentido* que se implican en determinados *acontecimientos de la realidad* que vivimos, a menudo sólo observamos, y no pocas veces demasiado padecemos...

Tal cual todo discurso, incluso el investigativo, quiere o pretende serlo (cuando tiene esa *vocación de ser*) y hacerlo: manifestarse como otra forma, singular y diversa, de la acción... O bien, con la irrefutable evidencia de sus mejores razones, la discursividad narrativa misma (esa potenciación del "decir", en su esencial desempeño), si además se le agregan las notas características de sus dos *acontecimientos performativos* angulares: la escritura y la lectura de cualquier relato...

Poco quedaría en apariencia por agregar, tanto acerca de una como de otra cuestión. Respecto de la primera... que todo relato, en tanto corpus orgánico de hechos o acciones en devenir (¿real? ¿ficcional?) de lo humano y lo social, fragua entornos que desplazan, más allá de sus límites, una considerable proporción de aconteceres, a través de un proceso relativamente "naturalizado" de selección y jerarquización. Esta suerte de normatividad performativa implícita, de nueva convocatoria del sucedido (ahora) por medio del lenguaje y el acto de escritura, no sólo lo retoma y "recupera" como tal: lo *re-presenta*, en términos de narrativa, lo escenifica... con cierta intensidad de simulacro.

Que aquellas desestimaciones (selección, ordenamiento) del material constituyente de una *temática narrable* aparece, en principio, tan amplia y diversificada que apenas si cabe la posibilidad de la restricción o el recorte: desde el retrato a la memoria, del episodio a la biografía... Como maleable y versátil puede resultar respecto de las coordenadas temporoespaciales o las sujeciones socioculturales que contextualizan (si no condicionan) el ejercicio performativo de dicha *puesta en* –situación escénica del– *discurso*.

Que tal re-presentación, en suma, es bastante más que parcial *reconstrucción* de un fragmento del discurso social, siempre singular en tanto operatoria procedente de una angulación de la mirada: siempre particular y específica por insustituibles implicaciones de la motivación o el condicionamiento. Que su re-presentación, en síntesis, según esa *modalidad del decir*, remite al suceso con improntas estructurales provisorias de acabamiento, de finitud y clausura: todas formas del relato mismo, que por momentos apenas si insinúan la ansiedad por el desborde de alguna lectura que (en definitiva) lo “culmine y justifique”...

La matriz narrativa, en consecuencia, se ha des-instalado definitivamente de su espacio (literario) de exclusivas pertinencias, y sus condiciones de autorización y legitimación, incluso investigativas así como argumentativas, pueden provenir de otros relatos y otros sustentos de poder igualmente consolidados. Ya lo decía Barthes, allá por los '60:

“Innumerables son los relatos existentes (...) como si toda materia le fuera buena al hombre para confiarle sus relatos. Puede ser soportado por el lenguaje articulado, oral o escrito, por la imagen, fija o móvil, por el gesto y por la combinación ordenada de todas estas sustancias. Está presente en el mito, la leyenda, la fábula, el cuento, la novela, la epopeya, la historia, la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el cuadro pintado, el vitral, el cine, las tiras cómicas, las noticias policiales, la conversación. En estas formas casi infinitas, el relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades... El relato se burla de la buena y de la mala literatura: internacional, transhistórico, transcultural, el relato está allí, como la vida”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> También existe “un ‘arte’ del narrador: un poder de crear relatos (mensajes) a partir de la estructura (del código); este arte corresponde a la noción de **performance** de Chomsky, [que] está muy lejos del ‘genio’ de un autor, concebido románticamente como un secreto individual, apenas explicable”. Cf. Barthes, R. (1966 [1974: 9-10, con mis subrayados). “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en *Comunicaciones*, vol. 8. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

Aún las narrativas (más) cotidianas no dejan de reconocerse siempre como *construcciones*, como materialidades “forma(tea)das” respecto de cierto enigma, como un conjunto de *formas* y de *contenidos* con alguna direccionalidad o *sentido*... Como configuraciones de un Algo (narrable), en definitiva, que a propósito de Algo (social o personal, sucedido), existe Alguien que lo dice, que lo cuenta: recolecta datos, reconstruye hechos, interpreta evidencias...

*Prácticas significantes singulares*, entonces, relativamente metódicas en tanto modalidades constituyentes de un particular *acontecer performativo*, aún los relatos cotidianos siempre ocultan otros sentidos más profundos detrás de los manifiestos. ¿Acaso será por eso que “hay ciencia” (ya se lo preguntaban Heráclito y Marx)? ¿Porque “la realidad busca ocultarse”...?

A menudo experimentamos el esplendor de esos detalles cotidianos y el placer de las pequeñas narraciones, pero como si sólo fueran especies de una justificada escapatoria ante la irremediable desintegración de los “metarrelatos” (Lyotard): quizás, apenas, como una manera más de controlar lo inevitable para salvar lo posible... Esta pérdida de la credibilidad en los grandes relatos emerge, sin embargo, como un iceberg que procura soterrar las evidencias de una crisis más profunda; de la cual, con el contrapeso de su proliferación incalculable, pretenden dar cuenta las manifestaciones de una narratividad que se escande por los más curiosos y problemáticos vericuetos del contexto social, político y cultural.

Aunque desde Sartre a Jameson se presuma que la vida humana cobra en realidad su sentido en esta compleja maraña de relatos, remitiendo unos a otros (de lo personal a lo social, de lo individual a lo transpersonal) en progresión anillar, pareciera que la cuestión no reside tanto en la autenticidad de las *historias que se cuentan* cuanto en el *poder que ejerce* el que las formula. Preservándolas y haciéndolas circular como si fueran identificadores de un imaginario colectivo: como un conjunto de repercusiones de ciertos “modelos” de conducta o de particulares “visiones” o “perspectivas” de vida que configuran, en términos ideológicos, el *rostro social y cultural* de un determinado momento de su total recorrido.

Al mismo tiempo que soslayamos los llamados *paradigmas interpretativos* hegemónicos, globales o dominantes, forzamos una pluralidad de enfoques y comprensiones acerca de lo efectivamente sucedido, hasta concebirlo (a veces) como el lugar de la indefinición y el “conflicto”. Con lo cual no sólo se

contribuye a la *deslegitimización de los grandes relatos*, sino que además se modulan sus estribaciones residuales en una conjunción limítrofe con la diversidad de formas y soportes que testimonian los discursos. Más o menos en los términos en que Chartier lo plantea con respecto a la historia, cuando postula el riesgo de que se desalojen los operadores que constituyen las acciones allí representadas; esto es, cuando

“las elecciones hechas entre las distintas escrituras históricas posibles (y todas, por cierto, pertenecen al género narrativo) construyen formas de inteligibilidad diferentes de las realidades sociales pensadas diferentemente”.<sup>3</sup>

Por cierto, siempre genera algún apremio la pretensión de englobar (sin resultar dogmático) u homogeneizar (con relativa coherencia) diferentes líneas de investigación o trabajos fundados en diversos pareceres y pertinencias, especialmente si se procura evitar perniciosos etiquetados. Cada una de las siguientes incursiones narrativas importa quizás más por las cuestiones que suscita o por las interrogantes que plantea, que por cualquiera de las posibles respuestas que propone. Al fin y al cabo, plantear preguntas es otra manera de responder a los retos y desafíos de un mundo que, a partir de ciertos signos y de la multiplicidad de sus evidencias, se empecina en continuar mostrándose como un “*real*” *transparente*.

Fabiana Alonso abre este primer volumen de la serie *EXPLORACIONES NARRATIVAS*, con un trabajo que focaliza la producción y el uso de los testimonios orales aplicados al estudio de la formación del grupo “Montoneros” en Santa Fe: uno de los ámbitos fundacionales de dicha organización política militar. A partir de la interpretación de algunas experiencias narradas que determinaron, por ejemplo, la opción por la lucha armada y el peronismo, el artículo nuevamente acredita la relevancia y legitimidad de una de las fuentes más significativas de la actual investigación histórico-social, y concluye acerca de las ventajas y desventajas de la evidencia oral retrospectiva en relación con el abordaje de su temática.

<sup>3</sup> Chartier, R. (1992) *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, pp. 75-6.

Ahondar en la cuestión del borramiento de fronteras entre constructos ficcionales y referencias documentarias de determinados acontecimientos de la realidad (incluidas ciertas manifestaciones del horror y el sufrimiento) supone, más allá de inevitables polaridades, la necesidad de un abordaje crítico de las estrategias retóricas e imaginarias que desde siempre han venido desplegando los discursos mediáticos. En esa línea de exploraciones narrativas, Norma Cabrera se propone capitalizar las productivas interacciones de catástrofe, espectáculo y tecnología para indagar (y, consecuentemente, problematizar) los desdibujados límites existentes entre realidad y ficción, a partir de algunos relevamientos acerca de las múltiples maneras en que el sufrimiento puede ser contado a través de distintas “puestas en escena” de los medios.

Quizás en la base misma del pensamiento de la modernidad se localiza lo que Barthes llama el *efecto de realidad*; esto es, la (casi literal) sustitución del significado por su referente.<sup>4</sup> Desde la focalización de la consigna “Perón Vuelve”, en el conflictivo contexto ideológico de los años ‘70, y el desgranamiento de las múltiples narrativas que con ella se articulan, Francisco Cattáneo explora los equilibrios y desequilibrios de poder que se gestan o establecen entre diversos sucesos y actores políticos de esta “puerta de entrada” al hiperrelato (comunitario) peronista. A la vez, establece los deslindes correspondientes en torno de las dos instancias fundamentales del proceso (el retorno y la muerte del Líder): el momento de la estructuración de cierta lógica tensiva o reproductiva, y el de las modificaciones de la situación y la demanda de reposicionamiento de roles.

María Eugenia De Zan, por su parte, propone un análisis comparativo de diferentes registros y soportes narrativos generados en torno de la problemática del abuso sexual infantil, haciendo confluir en su artículo diversos aportes y contribuciones de la narratología y la teoría social. Su trabajo aborda algunos de los distintos modos de construcción de la “identidad subjetiva” (desde la

<sup>4</sup> La alteración de la naturaleza tripartita del signo hace “de la anotación el mero encuentro entre un objeto y su expresión. La desintegración del signo –que parece ser la ocupación más importante de la modernidad– está ciertamente presente en la empresa realista, pero de una manera en cierto modo regresiva, ya que se hace en nombre de una plenitud referencial; mientras que, hoy en día, se trata de lo contrario, de vaciar el signo y de hacer retroceder infinitamente su objeto hasta poner en cuestión, de una manera radical, la estética secular de la ‘representación’”. Cf. R. Barthes s (1984 [1987: 175). *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós (con mis subrayados).

estigmatización a la transformación, de lo estandarizado a lo estereotípico) a través de la confrontación de casos presentados por la televisión o la prensa escrita (narrativas mediáticas), y de la exploración de desarrollos y transformaciones operadas en dicha identidad mediante la configuración performativa del conflicto dado por el relato personal de sí mismos.

El trabajo de Juan Pablo Giordano, a continuación, si bien transpola el abordaje del conflicto a otros contextos, también lo recupera y revitaliza (a través de sus pliegues, confrontaciones y contradicciones) como fuerza a menudo invisibilizada por otras construcciones de realidad más o menos advertidas a simple golpe de vista. Su propuesta de abordaje al "semanario" de la CGT de los Argentinos, como fuente histórica relevante para el estudio de las representaciones y acciones del sindicalismo combativo argentino en la transición de los '60 a los '70, recalca en el análisis de algunos recursos y procedimientos narrativos, enunciativos y cohesivos de la arquitectura textual del corpus, que permitieron particulares apropiaciones mutuas por parte de los protagonistas de algunos acontecimientos colectivos de entonces.

María José Leorza, finalmente, rescata la narratividad del campo literario pero desde un singular observatorio: el de la palabra como medidor sensible de las transformaciones políticas, sociales y culturales; el del arte entendido como compleja malla de signos, cuya producción interactiva siempre se articula con el mundo de las ideologías. Su lectura del *"Libro de Manuel"* reinstala la vigencia permanente de aquellas cuestiones, a propósito de la inextricable dialéctica cambio discursivo-narrativo/cambio sociocultural, y a partir de diversas consideraciones acerca de la "propuesta" cortazariana a los intelectuales latinoamericanos de los '70, en las que integra aportes de la narratología, del análisis crítico del discurso y, obviamente, del dominio disciplinar historiográfico.

A propósito de esto último, dos palabras más acerca de nuestra opción articuladora [por lo] multi(inter)disciplinar, y respecto de esta *operación exploratoria de/con los textos*: es decir, de esta búsqueda de caminos alternativos o de instancias preliminares que (ojalá) fructifiquen en nuevas *investigaciones narrativas* de considerable y acumulativo impacto.

Una y otra decisión implican, por supuesto, intentar la superación de no pocas condicionantes academicistas. Porque la perspectiva que adoptamos, si bien procura sortear los riesgosos bordes de una apertura (teórica) no exenta de cierta actitud conciliatoria, pretende conjuntar diversidades: esa amplia pluralidad de discursos que pueblan nuestro presente comunicativo, que con frecuencia se codean con nuestra realidad actual, que “representan” cadenas de signos en sus procesos de significación...

Ciertamente, aquí no se agota la cuestión. Queda más de un desafío por delante, que a la vez se proyecta en numerosos registros y con variantes distintas... de una *irrenunciable performance*. Hacer coparticipar a los medios masivos con sus coartadas artísticas, por ejemplo; desmitologizar la adoración del propio discurso literario, desculpabilizar los secuestros y poltronas convencionales de cierta historiografía... Procurar que la producción discursiva descienda a tierra firme, y se trasvase sin mayores complejos de una disciplina al interior de las otras, con las que sigue sustentada en deudas.

Que la teoría crítica (la *crítica de las teorías*) abandone el sueño de embelecados practicados por las ortodoxias, tome considerable distancia de las miradas miopes o sesgadas... y se exija (a sí misma), finalmente, el esfuerzo de *re-constituirse* en búsqueda de nuevas alternativas de enfoques integrados, en vez de *con-formarse* como una “narrativa del navegante solitario” que se empecina en dar la espalda a una realidad que se le impone...

Haber sabido articular, en armoniosa conjunción de síntesis complejas, una perspectiva crítica sustentada en cierto pensamiento semiotista “fragmentario”<sup>5</sup> y la estrategia seductora de su escritura, siempre en trance de persecución constante del *placer* (de la lectura) *de los textos...*, quizás sea uno de los aspectos más significativos o relevantes del “legado teórico” de Roland Barthes. Esto es, construir la singularidad de una “mirada” que se proyecta sobre las particularidades de la cotidianeidad del mundo, que se interesa en observarlas (mostrarlas, evidenciarlas) con una sensibilización social diferente<sup>6</sup>, con enfoques novedosos y diversos, hasta transponer los límites mismos de *la productividad y la significancia...*

“El análisis textual no intenta describir la escritura de una obra: sino más bien *producir una estructuración móvil del texto* (estructuración que se desplaza, de lector en lector, a todo lo largo de la historia), de *permanecer en el volumen significante de la obra, de su significancia*”.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Tal vez uno de los méritos capitales de la producción ensayística de R. Barthes haya sido saber encastrar (de manera original, novedosa y creativa) diversos fragmentos de las principales teorías que atravesaron el pensamiento crítico de buena parte del último siglo. Y ponerlos al servicio de un “olfato semiológico” que, al desarrollarse, permite captar los vacíos de sentido en nuestros contactos con acontecimientos cotidianos y repetidos.

U. Eco acusa recibo de esta lección en su *Prólogo a La estrategia de la ilusión* [(1986), Barcelona, Lumen; pp. 8-9]: “He tratado de poner en práctica lo que Barthes llamaba el ‘olfato semiológico’, esa capacidad que todos deberíamos tener de captar un sentido allí donde estaríamos tentados de ver sólo hechos, de identificar unos mensajes allí donde sería más cómodo reconocer sólo cosas [...]. Considero mi deber político invitar a mis lectores a que adopten frente a los discursos cotidianos una sospecha permanente”.

<sup>6</sup> Una mirada que enseña a “transfigurar” lo sospechoso de los signos que habitan las prácticas cotidianas (dirá su biógrafo Louis Calvet, en sintonía con U. Eco): “*los oropeles de la sociedad, los hechos diarios, las fotografías, los carteles...: ha hecho a sus lectores sensibles al problema del sentido [...]. Ha hecho mucho más, ha creado un reflejo semántico, nos ha mostrado que vivimos en un mundo cargado de sentido*”. Cf. L. Calvet (1992: 310). *Roland Barthes. Biografía*. Madrid, Gedisa.

<sup>7</sup> Barthes R. (1985 [1993]: 324) *La aventura semiológica*. Buenos Aires, Paidós (con mis subrayados).

Toda *performance de lectura*, al momento de hacerse efectiva su relación contractual con el que firma/marca el texto, induce (o abduce) siempre la posibilidad de algún deslizamiento crítico por las grietas del discurso escritural. Cierta relativa complacencia en usurpar las voces que lo atraviesan, en in(des)acomodar la disposición de los signos del texto (las estrategias de su conformación), hasta ponerlo en tensión o configurarlo como un espacio (enunciativo) de resistencias...

Aunque cada una es singular y se distancia, a su manera, de aquella concepción "notarial" del texto, estas primeras exploraciones narrativas (aplicadas al estudio de diferentes objetos) podrían sugerir, si las miramos en conjunto desde esa instantánea, la *bitácora de un viaje prodestinado* pero con "estaciones" sucesivas. Quiero decir: como acoplamientos narrativos de la continuidad de un relato a menudo interrumpido por la *difícil voluntad* (¿necesidad?) *de imbricarse*, en algún punto, con las restantes...

**Carlos Alberto Caudana**

Santa Fe, octubre de 2008